

notas de viaje. Pero este libro no quiere ser un itinerario sentimental ni pintoresco, y hay que respetar la modalidad del autor.

Sevilla no dice gran cosa al autor. Ha de llegar a Córdoba para encontrar aquello con que mejor ha de compenetrarse su temperamento. Frente a la Mezquita hay una gran fábrica de cerveza que ha tomado el nombre de aquella, como en París una tienda de confecciones se apropió el del Museo del Louvre. Paradojas del progreso, como dice Espinosa, y del crecimiento inorgánico de estas viejas ciudades en nuestra época. «Córdoba—concluimos ya de regreso a nuestro hotel—recuperará su pasado esplendor en vez de los intereses contrarios que ahora la dividen, vuelva a estar animada de una nueva virtud común».

En Toledo como en Madrid, volveremos a oír como la clave del pensar del autor, esa referencia a la armonía fundamental que debe existir en la vida del individuo como de las naciones. Lo que está en conflicto con su propia naturaleza, no puede subsistir o dar fruto benéfico. En política, en literatura, en la vida corriente, lo esencial es que haya una expresión libre de las tendencias íntimas del ser. Y así este crítico perspicuo, este doctrinario incoercible que hay en Enrique Espinosa, va dejando en cuanto escribe la huella de una personalidad constreñida pero firme y honrada como pocas.—E. MONTENEGRO.

<https://doi.org/10.29393/At163-19JMHV10019>

## NOTA BIBLIOGRAFICA

HURGANDO LA VIDA, por Bernabé Gómez.—Ediciones Vertical.—  
Buenos Aires

El lector chileno bajo cuyos ojos suele caer de vez en cuando alguna revista de aquellas que como *Claridad* de Buenos Aires, *Vertical* o *Centro* de Santiago del Estero, son medulosos y gratos mensajeros de los espíritus más preclaros de

Argentina, habrá reparado sin duda en la firma de Carlos B. Gómez. Ella está siempre al pie de un artículo, un ensayo o un poema en prosa, en que se «hurga la vida», con cierto fervor apostólico y cierta rebeldía lírica de luchador social. Carlos B. Gómez, como escritor tiene mucho de un Gorki de nuestras selvas, de un Istrati de nuestras campiñas. Es el poeta de los humildes, el novelista de los desamparados. Nunca un escrito suyo será estéril o se orientará hacia el «dandismo» literario. Tampoco caerá en el simple cartel declamatorio y grotesco, plagado de lugares comunes. Pues Carlos B. Gómez, es ante que nada un poeta. Alma es la suya que vibra con las más sutiles tonalidades del sufrimiento ajeno. Se expresa casi siempre en parábolas de muy moderno sabor. ¿Quién es pues Carlos Bernabé Gómez? Dejemos la palabra a Córdoba Iturburu, el activo Secretario de A. I. A. P. E. y prologuista de este bellissimo libro: «He dicho que es un maestro. Nada más que un maestro. Pero nada menos. Me dice en una carta que me escribe: «En la actualidad resido en Santa Rita, paraje ubicado en medio del bosque, a tres leguas de la estación Choya. Mi vivienda se compone de dos piezas de adobe, pisos y techos de tierra. Una pieza en el aula de clase y la otra habitación». ¿No está aquí, en estas breves líneas, toda la historia de un hombre? Es el que siembra abecedarios entre los pobres niños de las selvas. Pero es algo más. Algo que él no me cuenta. Es el consejero y el padre, el compañero y el juez, el defensor, la providencia de esos pobres niños grandes que son los trabajadores del bosque, los desventurados hijos de la tierra».

Hasta aquí el prologuista. A continuación viene el libro. ¡Y cuán hermoso! Veamos este trozo inicial del relato que ha tenido la generosidad de dedicarnos: «Ayer he sido testigo pasado y mudo de un espectáculo monstruoso efectuado por seres inferiores, espectáculo tan horrible que parecía humano. Un ejército de hormigas, en marcha triunfal, conducía una víbora

de poco más o menos un metro de longitud. A simple vista parecía un enorme ciempiés, o bien que a la sierpe le hubieran brotado patas. Los variados colores de su piel—negro, rojo y blanco en forma de anillos—resaltaban sobre la tierra seca y blanda al fulgor de la luz del sol que ya se iba, por los cerros de occidente», etc. Pero, a poco andar, el relato se transforma en parábola. La sierpe aquella iba crispada y viva, arrastrada hacia el suplicio de ser devorada lentamente en el hormiguero. El caminante horrorizado, pretende libertarla de sus verdugos, pero la cabecita silbante se yergue presta para morder con su mortal ponzoña a su libertador. Este vacila, se retrae, va en busca de un bastón. Cuando regresa es tarde. De la culebra, casi totalmente devorada ya, sólo se ve asomar el extremo caudal en el hoyo del hormiguero. Tal comenta el poeta, suele acontecer con las masas humanas: se yerguen amenazantes y envenenadas contra sus libertadores, dejándose llevar por sus verdugos. Y los espectadores del suplicio, cobardes y vacilantes no osan afrontar el peligro. Se hacen cómplices del crimen. Así toda la obra grande y fecunda de Carlos Bernabé Gómez. Después de esta síntesis, ¿será necesario hacer el elogio de tan cristalino manantial de belleza poética y moral? Repitamos con Iturburu: «Si alguien me preguntara ¿quién es Carlos B. Gómez? ¿qué hace?, obligándome a reducir mi pensamiento a una fórmula, yo respondería: es un corazón que se desborda en coraje».— J. M.